Bajo Siete Llaves

Sebastian Norbedo

Image not found.

Capítulo 1

Prólogo

3 de enero, 1977

Un desesperado Jorge corre por las desoladas calles de Bahía Blanca. El cielo está gris, llueve torrencialmente. Jorge llora, acaba de confirmar lo peor: Marta no está...

Miles de ideas, de imágenes y recuerdos se agolpan en su cabeza. El miedo y la desesperanza inundan su cuerpo. Está abatido. Jorge marcha sin rumbo alguno. Él solo quiere verla, saber que está bien.

¿Dónde está? ¿Adónde fue? ¿Qué pasó? Son las preguntas que se hace, y para las que no tiene ninguna respuesta.

El mundo se le cae a pedazos...

Una sola imagen se le viene a la cabeza, un recuerdo: el 8 de diciembre, hace casi un mes, en la estación de tren de Olavarría, Jorge y Marta se despiden. Él le dice, con cierta congoja pero tranquilo: "hasta prontito en Monte Hermoso...". Ella llora en silencio. Jorge no tiene maneras de saberlo, claro está, pero quizás esas sean las últimas palabras que haya podido decirle...

Capítulo 2

PRIMERA PARTE

1974 - 1975

Capítulo 3

1

9 de marzo, 1975

Domingo al mediodía. El sol saturaba el ambiente de luz en Loma Negra. El club estaba atiborrado de gente; las clases estaban próximas a comenzar. Los alumnos de segundo año, con Jorge a la cabeza, y una mezcla de certeza e impunidad proporcionada por sentirse parte del lugar, abrieron las puertas, de rejas ellas y pintadas de color rojo, de la cancha principal de fútbol dispuestos a armar el primer partido de la temporada. Sabían que estaban cometiendo un acto ilícito —esa cancha solo se usaba para eventos importantes—, pero poco les importaba. Ellos solo querían jugar al fútbol.

— Nos van a ca-cagar a pedos, Jorge —le dijo Eduardo a su mejor amigo, con su pronunciada tartamudez, y una mezcla de nervios y vergüenza.

— No pasa nada, huevón —contestó él, con aire sobrador—, no hay nadie en el club. Los profesores y los directivos recién van a llegar mañana, y Nelly, la portera, es como mi tía Gladys ya. Quedáte tranquilo. Hacéme caso.

— Yo te digo, nomás...

A medida que se habían ido enterando de la existencia del partido, todos los alumnos que andaban por el club, se fueron acercado. En menos de quince minutos ya estaban reunidos en la mitad de la cancha. Una cancha prolija, cerrada con un alambrado perimetral de más de dos metros de altura, y con el pasto recién cortado, dispuesto a recibirlos un año más. Sobre el lateral izquierdo de la cancha, y por fuera del alambrado, dos tribunas de acero con tirantes de madera, esperaban recibir la visita de algún espectador. Los muchachos, de hecho, sabían que solo era cuestión de tiempo para que eso suceda... las novatas de primero ya habían

comenzado a aterrizar en Loma Negra.

Jorge, un pibe joven de pelo negro, algo enrulado, y largo casi hasta los hombros, de rasgos mezclados entre latino y oriental, de boca grande y labios anchos, con los ojos levemente "achinados", la tez oscura y la nariz pequeña pero ancha, elegía a su mejor amigo Eduardo en primer lugar para que forme parte de su equipo.

— Vení, Edu —y le hizo señas para que se parara detrás de él—. ¿Te la bancás, Tano? —desafiaba altanero, luego, a uno de sus compañeros de curso.

— Por supuesto, macho —aseguraba el petizo de pelo color naranja y nariz ganchuda—. Gordo, vení conmigo, hoy vas a atajar hasta las moscas que vuelan.

— Galle, vení, dale, huevón —le gritaba Jorge al Gallego, otro integrante de su banda de amigos.

Una vez los equipos armados y cada uno en su posición, y tras el pitazo del Pelado, elegido como juez del encuentro, se daba inicio al primer partido del año. Un partido aburridísimo hasta promediada la mitad del primer tiempo. ¿Qué fue lo que pasó? Las tribunas se habían comenzado a llenar de gente. De mujeres, en realidad. Eran las novatas, eran las chicas de primero.

Con las chicas en la tribuna, el partido se había tornado un poco más entretenido, ya que antes de eso, había sido sumamente aburrido. Jorge, de hecho, había limitado su participación a dos o tres pases mal dados, y un mano a mano tirado por arriba del travesaño. De todas maneras, era un tipo con mucha suerte en esa época. Cinco minutos antes de que termine el primer tiempo, córner del lado derecho. Tiran el centro al primer palo, la peina un jugador del equipo que estaba defendiendo, sin alcanzar a rechazarla, y con tanta mala suerte, que le queda servida a Jorge que entraba sin marca por el segundo palo: frentazo y adentro. Gol. Uno a cero. Gritos y todos a abrazarlo. Primer tiempo terminado.

Camino a los vestuarios y a refrescarse, Jorge la ve por primera vez. Allí, en la tribuna, rodeada de nuevas compañeras. Con el pelo rubio suelto, con la piel bronceada, y la sonrisa esculpida a mano. Allí estaba ella, la mujer de sus sueños.

¿Quién era? ¿Cómo se llamaba? ¿De dónde había salido?

La vida de Jorge cambió a partir de ese momento...

Capítulo 4

Desiciones...

4 de marzo, 1974

Un lunes que podía haber sido como cualquier otro, no lo era para Jorge y su familia. El viernes próximo, pasadas las ocho de la noche, Hugo y Zulma, los padres de Eduardo, los llevarían en su Taunus verde a Cañuelas. Allí, a las diez en punto de la noche y desde la estación del ferrocarril, saldría el tren que los llevaría directo a Olavarría. A su nuevo mundo, a su nueva vida.

Una mujer de pelo corto y blanco, de baja estatura y de semblante duro, ponía papas en una sartén con aceite bien caliente, mientras hacía hasta lo imposible por evitar que las lagrimas le humedecieran los pómulos. Sus esfuerzos, sin embargo, eran inútiles. Marta, la madre de Jorge, parada en la cocina de su casa en Marcos Paz, de frente a la ventana que daba al patio, se lamentaba por un futuro triste y lejos de su hijo mayor.

Jorge, con el pelo corto y un alegre brillo en los ojos, entraba en ese momento por el pasillo. Marta, al oír los ruidos de su hijo, se dio vuelta con un suspiro. Ya no le importaba disimular su pesar, el dolor era más fuerte que la voluntad.

— ¿Qué te pasa, mamá? —preguntó un preocupado Jorge—. ¿Te sentís bien?

— Es que no lo entiendo, hijo. No lo puedo entender...

— ¿Otras vez lo mismo, ma? Ya lo hablamos, ya te lo explique...

— Pero... ¿estás seguro de lo que vas a hacer, Jorge? ¿A Olavarría te vas a ir a estudiar? —repetía Marta por enésima vez—. Queda a más de cuatrocientos kilómetros, hijo. ¿Por qué no elegir un lugar más cerca?

¿Por qué no ir a estudiar a Merlo, o la capital?

— Pero ya te expliqué, ma. Me voy a cumplir un sueño. Necesito estar lejos un tiempo. Aparte, tenés que estar tranquila, vieja. Ya te dije que voy a venir todos los fines de semana, no te tenés que poner así —decía Jorge, con muestras de fastidio, en su afán por tranquilizarla—. Es un año nomás...

— Tres años. Son tres años de carrera —aseguraba ella, con lágrimas en sus ojos.

— Tres años que se pasan volando, ma. En serio. Y están las vacaciones en julio, y en diciembre ya me instalo acá, hasta marzo del próximo año. Pienso que estás exagerando.

— No exagero. Había muchos lugares donde estudiar educación física, y vos venís a elegir Loma Negra —ahora Marta se secaba las lagrimas con un pañuelo y repetía entrecortadamente—: Loma Negra, en el medio de la nada y en el culo del mundo.

Jorge se acercó a su mamá y la abrazó con ternura. Sabía que había tomado un dura decisión. No dura para él, sino para su familia. Él estaba seguro de lo que hacía. Seguro y convencido. Las papas que Marta había dejado freír en una sartén grande y color negro, eran para él. Su hijo mayor le había pedido una de sus comidas preferidas: milanesas con tortilla de papa y huevo; no sabía cuándo iba a poder volver a comer aquel manjar. Ella había aceptado el pedido sin dudarlo.

El abrazo de madre e hijo fue interrumpido por Oscar, el papá de Jorge, que llegaba del taller mecánico, su lugar de trabajo. Eran pasadas las doce del mediodía. Oscar, hombre de pocas palabras, al ver los ojos invadidos por la tristeza de su mujer, tan solo se limitó a echarle una mirada furibunda a su hijo mayor.

— ¿Falta mucho para comer? —preguntó.

— No. Las papas ya casi están, y el horno está caliente. Pongo las milanesas... —contestó Marta, un poco más tranquila.

Jorge, en silencio, se sentó al lado de su padre. Sabía que por dentro, él también se sentía dolido, pero asimismo era una certeza que poco iba a ser por demostrárselo. En definitiva, era una decisión tomada.